

De *El* *oficio del sociólogo* a *El razonamiento sociológico**

Entrevista de Denis Baranger** a Jean-Claude Passeron***

—**Denis Baranger:** *Bueno, tengo muchas preguntas que hacerle. Como le decía en otro momento, mi objeto es la epistemología de Bourdieu: lo que me interesa es la relación de Bourdieu con los datos empíricos. He leído, además de El razonamiento sociológico¹, varios de sus trabajos: la entrevista con Raymonde Moulin y Paul Veyne²...*

—**Jean Claude Passeron:** ... pero que no aborda...

—**D.B.:** ... *su artículo acerca del pluralismo teórico*,³...

—**J.-C. Passeron:** ... ambos se ocupan muy pocos de Bourdieu. La entrevista de 1996 versaba sobre la manera como me hice sociólogo: Tuve el mismo trayecto universitario que él: ambos proveníamos de la Filosofía, pasamos por la École Normale Supérieure (ENS) y por el concurso nacional que se realiza anualmente en diferentes disciplinas, originalmente destinado a cubrir los puestos de profesor en el sistema centralizado francés de la enseñanza secundaria. También por un itinerario de movilidad social bastante próximo. Sin embargo, usted habrá observado que —salvo en el pasaje donde explico que obtuve conocimientos muy valiosos a partir de las dificultades que surgieron cuando tuvimos que escribir en colaboración— no me extendo sobre nuestros acuerdos y desacuerdos. El calendario es sencillo: nuestra colaboración abarcó 12 años, seguidos de 27 de total ausencia de relaciones personales o intelectuales. A fin de cuentas, retomamos contacto hace dos años. Fue Bourdieu, cada día más célebre por sus intervenciones políticas, quien me llamó por teléfono...

—**D. B.:** *se percibían algunos síntomas...*

—**J.-C. Passeron:** ... sí, comenzó a citarme... [*risas*]; pero cuando me llamó fue para hablarme de política. Me dijo: “Tu siempre te sentiste atraído por el análisis político y dispuesto a comprometerte; quisiera hablar de esto contigo”. Respondí que sí: con la edad, da gusto volver a encontrarse con los amigos de juventud. Bourdieu insistía: “¿Comprendes? Sólo contigo puedo charlar de todo esto”. Yo contestaba citando a discípulos: “Pero está fulano, y mengano, y tal

* Fragmento de una entrevista extraída de *Revista Mexicana de Sociología*, año LXVI, no. 2, abril-junio, 2004, pp. 369-377.

** Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Profesor del Posgrado en Antropología Social, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, Argentina.

Temas de especialización: Epistemología; Metodología de las Ciencias Sociales.

Tel. y fax: (54) 3752-430449. Correo electrónico: <baranger@arnet.com.ar>

*** Director de Études à l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris-Marsella. Domicilio electrónico: <passeron@ehhess.univ-mrs.fr>

¹ Jean-Claude Passeron, *Le raisonnement sociologique*, Paris, Nathan, 1991.

² Raymonde Moulin y Paul Veyne, “Entretien avec Jean.-Claude Passeron. Un itinéraire de sociologue”, *Revue Européenne des Sciences Sociales*, 103, 1996, 275-304 pp.

³ Jean-Claude Passeron, “De la pluralité théorique en sociologie: théorie de la connaissance sociologique et théories sociologiques”, *Revue Européenne des Sciences Sociales*, 99, 199, pp. 71-116.

otro...” —Ah, no. Si supieras: son todos unos ingratos. Sólo piensan en instrumentalizarme...” [risas]. También él por supuesto, intentaba *instrumentalizarlos*, aunque hay quienes no se dejan engañar durante mucho tiempo; los periodistas en particular, o los activistas políticos [...].

I. El sociólogo en política

“Quisiera conversarlo contigo”, señaló, y sostuvimos dos o tres encuentros; el último en la primavera de 2001, al jubilarse en el Collège de France. Yo le comentaba de mi escepticismo acerca de la línea política que él creía poder deducir de su teoría sociológica. Había en él una certidumbre de teórico que perduró inmodificada; me habló de ella en los años setenta: “He inventado la ley de la gravitación social universal, ¿o no? Algo tengo que hacer con ella”. El único cambio que percibí: en su epistemología se cuestionaba cada vez menos acerca de las relaciones lógicas y metodológicas entre la *estructura* de una teoría sociológica y lo que ésta permite o no permite someter a la prueba *empírica*. Escudado en una definición indivisible de la ciencia, ya no se preocupaba por el modo como esta relación funciona en las diferentes ciencias, según se la establezca —por deducción o por mediante la “refutación” experimental— en un modelo simulado o en la explicación de una secuencia histórica.

Hay en el corazón de la Sociología una tensión conflictiva entre la ambición de generalización (y hasta de universalización) y la vuelta a la singularidad de las situaciones históricas en las que encuentra sus materiales empíricos: esta tensión se manifiesta en todas las Ciencias Sociales, desde su origen. Omnipresente en nuestras lecturas de aquel tiempo, había sido largamente discutida entre nosotros, mientras escribíamos *El oficio del sociólogo*. No conservo un recuerdo muy preciso de la representación subjetiva que nos hicimos cada uno acerca de los principios del otro en esas discusiones epistemológicas. Sin embargo, percibo claramente en la redacción de nuestros textos que el debate fue saldado por compromisos de escritura, basados en nuestra común postura de rechazar simultáneamente, en Sociología, las ilusiones del “naturalismo” y del experimentalismo, las del formalismo matemático y, claro, está, las de una concepción filosófica de la captación de las esencias. En la actualidad, comparo esas conciliaciones en la escritura con los compromisos entre mociones en los congresos políticos o, mejor aún (puesto que los conozco más), en los concilios de teología. En el concilio de Nicea, por ejemplo, que al término de un debate secular ha fijado el *credo* del primer cristianismo en una lengua en que cada uno de los participantes sobreentiende que: “Si se lo dice así, está de acuerdo...”; pero si se agrega un adjetivo que rechaza porque podría dar a entender la naturaleza monofisita de Cristo, o al revés, el riesgo de la herejía nestoriana: “Si es así, ¡ya no firma!

El oficio del sociólogo, al igual que *La reproduction: éléments pour une théorie du système d'enseignement* cinco años después, fueron el fruto de tres años de laboriosa colaboración en la escritura, en la cual descubríamos (con sorpresa y con algún placer por la controversia) que no pensábamos exactamente del mismo modo, que no estábamos tan de acuerdo como lo habíamos creído; pero nos tomábamos el tiempo de discusión requerido para terminar la frase indispensable para la publicación. Por ello, estas frases son como un alambre de púas: no son demasiado honestas “conceptualmente”, como se dice. Yo diría simplemente que no son lo bastante unívocas *asertóricamente* (cierto es que tampoco lo son a veces las frases escritas por un solo autor). En todo caso, en dicha formulación largamente negociada, el lector debe de esforzarse para encontrar la “verdadera” principal, que no siempre está en indicativo, cuando este ha sido confiscado por algún giro retórico y, al mismo tiempo, debe tomar en cuenta (para juzgar acerca de la *modalidad* de la aserción) las restrictivas, las circunstanciales, y las “implicaturas” —como dicen los semánticos— de las palabras y los enunciados, las cuales varían según el contexto de la aserción a lo largo del discurso. Retorné sobre este tema en mi análisis ulterior sobre la argumentación sociológica.

Teníamos, empero, en común el ser aproximadamente weberianos en el método. Vale decir que acordábamos sobre el registro “típico-ideal” en el que Weber había definido el sentido de qué significa “decir verdadero” en una ciencia histórica, el sentido de lo que denomino actualmente la “veracidad” de las aserciones en una argumentación en “lengua natural”, para distinguirla de la “verdad” de las deducciones, cuya necesidad lógica es la de las inferencias que intentan *demonstrar* la coherencia, la completitud o incompletitud de los sistemas formales. No sólo en Sociología, en todas las ciencias históricas nos encontramos con conceptos experimentales, o de un modo distinto de la “descripción definida” como la practican los lógicos y los matemáticos. Ya en *El oficio...*, recurriamos a conceptos y esquemas bastante diferentes de los de la lógica inductiva o deductiva para describir más ajustadamente las operaciones semánticas de una argumentación sociológica. El razonamiento sociológico —que no es jamás ni *deducción* pura ni *razonamiento experimental*— sigue siendo en el fondo un “razonamiento histórico”, incluso cuando integra comprobaciones o procesamientos estadísticos.

Compartíamos este análisis; pero Bourdieu quería al mismo tiempo que la ciencia sociológica fuera “una ciencia como las demás”. Escribíamos juntos esta frase —lo que hago aquí es la autocrítica de mi consentimiento a un adjetivo del texto—; pero recuerdo que nos llevó noches y días en los que la retorcíamos en todo los sentidos. Una ciencia como las demás, o sea como la Física o la Química, tal como Bachelard había descrito su epistemología. La frase en su estado actual reza: “La Sociología es una ciencia como las demás [...]”.

—D. B.: ... que se enfrenta a más obstáculos que las demás...

—J.-C. Passeron: ...a más *dificultades* que las demás para ser una ciencia como las demás; batallamos hasta que yo acepté agregar un adjetivo: “Más *dificultades sociales* para ser una ciencia como las demás”. En otras palabras, si tomamos los textos de apoyo citados en *El oficio del sociólogo*, dónde explicábamos que la práctica del sociólogo está sitiada, parasitada por los ideólogos, los periodistas, los políticos, y otros, y que esta es la *única* razón de sus dificultades científicas [...].

—D.B.: ... es, efectivamente, la conclusión que uno saca de este libro...

—J.-C. Passeron: ... entonces nos vemos llevados a pensar que la Epistemología podría ser útilmente remplazada por una *Sociología de la Sociología*; esto es lo que afirma la conclusión. Pro mi parte hubiera querido, si decíamos “sociales” —que nombra sólo una mitad de la dificultad—, agregar que esta dificultad era *también* “epistemológica”. Y que era necesario explicar por qué (escrutando los constreñimientos lógicos que pesan sobre una descripción, una explicación o una interpretación de hechos históricos). No pudimos ponernos de acuerdo, y me contenté con ese 50% de verdad descriptiva, aunque procedí a cuestionarme sobre el 50% restante en mi práctica de encuesta y de informes de encuesta. Cómo “hacer prueba” del “decir verdadero” si la textura del discurso sociológico —aunque no se refiere a las mismas estructuras de objeto que las ciencias de la materia o de la vida— debe renunciar a forjar sus conceptos y a formular sus regularidades mediante “definiciones genéricas” e inducción. Cómo practicar metódicamente y describir sin evasivas un procedimiento que toma en cuenta la temporalidad histórica de las interacciones sociales, sobre las que se debe razonar de manera diferente del método hipotético-deductivo para sacar de ellas una *inteligibilidad*.

Asumí este desacuerdo apenas terminado *El oficio...*: Bourdieu se proponía permanecer en una epistemología de la explicación o evolucionar hacia ella, sometido ante todo a los principios de objetivación (idénticos o muy próximos a los de Durkheim) porque esa era la epistemología más cómoda para construir, en Sociología, un *paradigma de la explicación universal*. Durkheim

también quería que la Sociología fuera una ciencia experimental, como cualquier ciencia experimental; por ejemplo, la fisiología de Claude Bernard. Se soslaya entonces el hecho de que la Sociología nunca se razona experimentalmente. Es decir, "... por lo demás, todas las cosas permanecen iguales..."

—**D. B.:** ... *ceteris paribus*...

—**J.-C. Passeron:** ... Al contrario, se razona *ceteris imparibus* ya que (con o sin cifras) se está siempre en una comprobación de forma histórica.

Retorno a Bourdieu [...] cuando me telefoneaba, a partir del año 2000, para hablarme de política: me explicaba se decepción científica ante la poca eficacia de sus intervenciones políticas; pensaba que, puesto que aportaba las "herramientas teórica" (forjadas en el metal de la "verdadera" teoría sociológica), todo mundo debía haber convenido con él. Quería ser un radical extraparlamentario en Europa —como se ve en su diálogo con Günter Grass—, el heraldo de la cruzada de los grandes intelectuales que proclama: "No hay que callarse la boca: hay que protestar en contra de... (la mundialización cultural, económica, social)". Se había vuelto cercano la mayor parte de los movimientos radicales o "alternativos", como el *Act Up*, el *DAL* y otros "colectivos"; juego de José Bové y de sus protestas campesinas en contra de la *comida chatarra (malbouffe)*. Hubiera querido incluso, luego de *la dominación masculina*, ser aceptado por los movimientos feministas como inspirador. Todos los grupos extraparlamentarios franceses en los que su palabra era bien recibida los habían empujado a presentarse a las elecciones europeas. No obstante, aunque Bourdieu consentía en ser el tribuno de las "revueltas lógicas" y el portavoz de la "miseria del mundo" en la prensa o en las tribunas, no dejaba de agregar: "No gracias. Vayan ustedes. Presentan a uno de los suyos. Pónganse de acuerdo ustedes: *Act up*. Ustedes, *Droit au logement*, y así por el estilo. Presenten una lista y yo los apoyaré [...]: así no haré sino ejercer plenamente mi oficio de científico".

Sin embargo, ellos deseaban antes que nada su persona y su nombre a la cabeza del convoy, es decir: Bourdieu encabezando la lista para las elecciones europeas; y él se negó a ello. SU compromiso político era un compromiso de gran intelectual: "maestro del pensar verdadero" en todos los dominios. Como Sastre, cuyos juicios políticos me influyeron durante largo tiempo; o luego como Foucault, con quien compartí algunas indagaciones y quien fue un maestro de pensamiento en este sentido. Alguien que sacaba sin vacilación consecuencias políticas de su método de pensamiento y, sobre todo, de la manera como resentía *lo insoportable* en la vida social. "Cuando es insoportable ya no se soporta", repetía. Sin embargo, Foucault no practicaba la exaltación científica de una "verdad" de sus investigaciones que hubiera comandado "científicamente" su compromiso; no ocultaba que para él se trataba de una cuestión de corazón, de afectividad política, de rebelión y de talante. Cuando que había que montar un golpe a propósito de las cárceles francesas (el GIP), lo montaba magistralmente; con tanto ardor como astucia, como un samurai intelectual, a riesgo de equivocarse por su precipitación, como le ocurrió con la Revolución islamista de Jomeini. Había inventado modos de protesta y de solidaridad, en los que la *molestia* causada por su radicalidad irónica desconcertaba y paralizaba a sus adversarios; así fueron las prisiones, los *Quartiers de Haute Sécurité* (QHS), la salud, la Psiquiatría, las marginalidades sexuales...: eran "golpes políticos", no cabalgatas en uniforme de desfile o guerras sabiamente prolongadas.

Para Bourdieu, por el contrario, el compromiso político expresaba una orientación científica, una estrategia continua: hubiera querido ser por sí mismo el *politburó* de una revolución en contra de todos los "amos" y "dominantes", elaborada punto por punto desde su Sociología de la dominación y de sus principios. Lo que quería decir era que, de la Sociología final de Bourdieu, se desprendería necesariamente una "línea"; y no una línea reformista —limitada a un problema social— como en *Les hétériers*, cuando tan sólo decíamos: "Se debe crear una enseñanza de *l antihandicap*".

Habiendo establecido sólidamente —mediante nuestras encuestas sociológicas de los años sesenta del siglo XX— sobre el éxito y el fracaso escolares, que no se podía esperar actuar para contrarrestar la reproducción de las desigualdades sociales por la Escuela, más que compensando los *handicaps* sociales por *pedagogías del antihandicap* —y no mediante la imposición de cupos (*quotas*), como lo hacían los países socialistas de aquel entonces—, habíamos, en efecto, aconsejado a los reformadores a motar una educación que instalaría (en todos los niveles de la escolaridad) una pedagogía adaptada a la recuperación cultural y lingüística de los niños salidos de los medios económica y culturalmente más desheredados. Idea en un principio mal recibida, que recién redundó en la adopción de algunas medidas en los años ochenta del siglo XX, cuando recuerdo haber intervenido mediante un informe para el ministro Savary, al crearse en Francia las “Zonas de educación prioritaria” (ZEP).

Bourdieu nunca había sido un reformista, y ahora se había convertido en un revolucionario enemigo de las medidas blandas [...]. Para ser claro, esta elección no molestaba a mi ética política, sino a mi ética científica. Bourdieu quería a toda costa salir en defensa de ese radicalismo por la verdad que aporta la investigación sociológica, así como por la verdad ineludible de su teoría de la dominación. Política y sociológicamente soporto esto mucho menos viniendo de un sociólogo que de un físico o de un escritor que llega a ocupar la tribuna de un Partido, al servicio de una Causa políticamente indivisible. A menudo hemos visto a los científicos “comprometidos” —premios Nobel de Física o de Literatura— defender (en una total ingenuidad sociológica sobre las consecuencias de su compromiso) causas *políticas*, aunque no sobre la base de sus *conocimientos* científicos, sino de sus *personajes* científicos o artísticos.

¿Cuál es la diferencia en relación a Bourdieu? Cuando un físico firma un pliego petitorio; “Puesto que soy bueno en Física o en Matemáticas, yo les doy mi nombre, la imagen publicitaria que representa mi notoriedad”, no utiliza más que su prestigio, no su saber; cuando añade: “Personalmente, apruebo a esa gente, esta línea política”. “Digamos que es su derecho, como ciudadano: a los otros ciudadanos les quedará evaluar el peso que otorgan a la notoriedad del litigante en su alegato. No obstante, el compromiso público de un científico que justifica sus elecciones en nombre de la ciencia se torna más ambiguo cuando se trata de un historiador, un sociólogo, un economista, un teórico de la sociedad, como se ha visto en el caso de Marx o de Pareto. Sastre también abusaba en política de su gloria filosófica; y los sociólogos de pliego petitorio o de tribuna resultan igualmente ambiguos cuando se prestan como *especialistas de la sociedad*, investidos de mayor autoridad sobre el tema. Si alguien sostiene, como Bourdieu: 1) que la Sociología es la verdad de las otras Ciencias Sociales; y 2) que su propia teoría sociológica es toda la Sociología, mientras que los demás sociólogos (Touraine, Boudon, y otros, todos aquellos que lo atacan o lo ignoran) están *fuera de la sociología*, excluidos del derecho a proferir un juicio científico, entonces está afirmando que su propia interpretación obliga científicamente a cualquiera que busque ser racional a seguir sus elecciones políticas [...].

—**D.B.:** ... en suma, ¿es lo que planteaba Weber?

—**J.-C. Passeron:** Claro, viene de Weber: *el político y el científico*. El científico que imparte lecciones perentorias siempre se ve llevado a defender su elección política simplificando o deformando lo que son la forma y el valor de la prueba en su disciplina. Agrego simplemente que el abuso de poder científico se agrava cuando se trata de un sociólogo, de un economista, de un historiador: Weber lo analizó muy bien haciendo la sociología de la predicación política practicada desde la cátedra universitaria, incluso cuando el universitario la transporta consigo extramuros [...].